

EL PORTUGUÉS EXEMPLAR, UN ANTECEDENTE DE LA IMPRENTA CANARIA

Introducción

Si entre las vitrinas, anaqueles y depósitos de El Museo Canario tratamos de encontrar piezas documentales, artísticas o arqueológicas que relaten una historia, no cabe duda de que será en la biblioteca donde esta tarea nos resulte más sencilla, puesto que los libros sirven, fundamentalmente, para narrar historias y para narrar la historia. Aun así, hay libros que ejercen esta labor por partida doble, ya que de ellos pueden extraerse, por un lado, los relatos reales o ficticios que redactaron sus autores, y por otro, las circunstancias históricas, económicas o sociales que rodearon su escritura, su edición o la acogida que tuvieron entre los lectores.

Un ejemplo de ello es el libro *El portugués exemplar: vida del venerable padre fray Juan de San Buenaventura*, escrito por Bartolomé José Adalid Hurtado y editado en Sevilla en el año 1733. La importancia que tiene este libro como parte del patrimonio documental canario radica en el hecho de que su impresor, el sevillano Pedro José Díaz, acabaría trayendo, años más tarde, la primera imprenta que se estableció en las islas.

En términos bibliofílicos, *El portugués exemplar* puede ser considerado un libro raro, puesto que no son muchas las copias que se conservan. Aun así, los investigadores interesados pueden encontrar algunos ejemplares en varias bibliotecas de acceso público, como la Biblioteca Nacional, la Universidad de



Sevilla, la Universidad de Córdoba, la Fundación Manuel Ruiz Luque de Montilla (Córdoba), el Seminario Conciliar de Madrid o la Biblioteca Pública del Estado en Palma de Mallorca. Uno de los ejemplares disponibles es el que se conserva en la Biblioteca General de El Museo Canario, donde entró por voluntad de Nicolás Massieu y Bethencourt en febrero de 1882 junto con medio millar de volúmenes de su colección personal¹.

Fray Juan de San Buenaventura

La historia que relata fray Bartolomé Adalid en *El portugués exemplar* es la vida de fray Juan de San Buenaventura, un monje franciscano que predicó fundamentalmente por la Baja Andalucía entre los siglos XVII y XVIII. Gran orador y ejemplo de religiosidad exacerbada, tuvo cierta fama de milagrero –como tantos otros predicadores y monjas de su tiempo– que fue ganándose mediante su ascético modo de vida, siempre sujeto a la observación estricta de sus votos religiosos.

Nacido en Évora el 20 de febrero de 1640, el protagonista de la historia se llamó inicialmente Juan Ferreira, hijo de Pedro de Barbosa Pereira y de Maria Ferreira Soares, ambos pertenecientes a la nobleza lusa, según asegura el propio Adalid. En la universidad de su ciudad, el joven Juan demostró excepcionalmente pronto su gran capacidad para el estudio, pero su vida cambió cuando las tropas españolas de Juan José de Austria tomaron Évora en el contexto de la Guerra de Restauración Portuguesa. Cuenta el biógrafo que los españoles decapitaron a su tío, gobernador de la ciudad, y amenazaron de muerte al resto de la familia, pero que las amenazas no se cumplieron gracias a las súplicas y a las convincentes razones de Juan, de forma que el conquistador anuló la ejecución a cambio de que la familia abandonase el país

¹ Actas de la Junta Directiva de El Museo Canario. Libro 1.º, 1879-1893. Sesión de 27 de febrero de 1882. ES 35001 AMC/AMC 4914.

y se trasladase a Andalucía. La familia al completo recaló entonces en Sevilla, y allí ingresó Juan como novicio en un convento franciscano en octubre de 1662.

Sin embargo, este relato adolece de algunas inexactitudes, la más evidente de las cuales es que la efímera conquista española de Évora no tendría lugar hasta mayo de 1663, por lo que no había podido ser la causa de la expatriación de la familia. En su relato de la vida de fray Juan de San Buenaventura, Adalid Hurtado desliza innumerables errores históricos similares a este. La vaguedad de algunas informaciones y la inexactitud de otras, sin embargo, contribuyen a construir un relato con intencionalidad panegírica, muy al gusto de su tiempo. Así, los datos históricos, demográficos o genealógicos, imprescindibles para contextualizar con rigor la biografía de cualquier personaje, se hacen aquí innecesarios, puesto que la voluntad del autor no es más que la de presentar a su protagonista como un ejemplo de virtudes, convertirlo en un modelo a seguir, y, seguramente, propiciar una afición de la sociedad y de la Iglesia que permita la apertura de un proceso de canonización. Para ello, las anécdotas vitales –auténticas o no– que ilustran el rechazo de los placeres mundanos y las muestras de misticismo, de fervor, de mortificación piadosa y de favor divino, se convierten en el eje de una hagiografía aderezada hasta la saciedad con alabanzas y con afectados juicios de valor.

Por la biografía que se pormenoriza en este libro, sabemos que el portugués pasó su noviciado entre rezos, estudios y cilicios y acabó profesando un año después, cuando recibió el nombre de fray Juan de San Buenaventura. Fue enviado entonces a estudiar Teología, grado que lo habilitaría para ejercer la predicación evangélica. Fue así como acabó predicando por Andalucía, al tiempo que sus superiores le encargaban la mediación en conflictos surgidos en iglesias y conventos o entre los vecinos de los pueblos. Además, en una ocasión estuvo predicando en la plaza de Larache (por entonces en manos

españolas), y más tarde se le permitió viajar a Jerusalén y Palestina, donde intensificó sus prácticas de mortificación y penitencia.

Durante su periplo fue ganando fama de santidad por una serie de historias truculentas, como que logró terminar con una sequía procesionando una imagen de san Antonio, que el Demonio lo visitó para reprocharle que salvara tantas almas, o que se curó de un tumor gracias a una medicina hecha con reliquias de santa Catalina.

Finalmente, tras una larga vida de privaciones, peregrinajes y penitencias autolíticas, fray Juan de San Buenaventura murió en Sevilla en abril de 1723, con 83 años. Se sucedieron entonces los milagros, prodigios y curaciones por intercesión suya, recogidos pormenorizadamente por Adalid en la parte final de *El portugués exemplar*. El último milagro recogido se relaciona directamente con este libro y consistió en la curación de un viajero afectado por unas fiebres aparentemente mortales cuando navegaba camino de Nueva España, en 1732. El viajero portaba una copia manuscrita de este libro antes de que se publicara impreso, así que se encomendó a fray Juan de San Buenaventura con la promesa de hacer pública su curación si intercedía por él, un gesto que a Bartolomé Adalid le sirvió para escribir las últimas líneas de su fervoroso trabajo.

La edición sevillana de Pedro José Díaz

Fray Bartolomé José Adalid Hurtado, autor de *El portugués exemplar*, era también fraile franciscano. Además de otras prelaturas, era definidor de la orden en la provincia de Andalucía, donde anteriormente llegó a ser secretario. Hacia 1730, «después de pasados siete años de la muerte del Venerable Padre»², recibió de sus superiores el encargo de redactar la biografía de fray Juan de San Buenaventura, seguramente con la intención de que

² Adalid Hurtado, 1733. Prólogo «Al lector».

sirviera para promover su beatificación. La tarea acabaría ocupando el tiempo de Adalid al menos hasta mediados de 1732, aunque al final de aquel año aún estaba añadiendo la información sobre el último milagro del predicador. Finalmente sería en 1733 cuando los lectores pudieron tener en las manos un ejemplar impreso.

La impresión fue confiada al taller tipográfico de «Pedro Joseph Diaz, Impresor, y Mercader de libros», entonces instalado en la calle Colcheros de Sevilla. Pedro José Pablo Díaz y Romero había nacido en la ciudad andaluza alrededor de 1698. Sabemos que estuvo casado con Rosa María Díaz y Romero y que estuvo al frente de aquella imprenta al menos entre 1732 y 1742. Pese a esta decena larga de años de trabajo, los tipobibliógrafos no han registrado más que catorce impresos salidos de su taller³, productos de diversa consideración que comprenden tanto libros como folletos, fundamentalmente de carácter religioso (reglas, sermones, novenarios o tratados teológicos).

En los detalles materiales de sus impresos se observa que se trata de un artesano modesto, incapaz de lograr grandes alardes compositivos, que abusa de los textos orlados y que muestra poco criterio a la hora de combinar los tamaños de las fuentes o al escoger las letras capitales⁴. En una ciudad como Sevilla, donde proliferaban las imprentas bien equipadas y con tipógrafos mucho más capaces, la situación de Díaz y Romero habría de ser necesariamente precaria, algo que trataría de compensar con la instalación de un negocio paralelo de librería. Los encargos de impresión escasearon tanto que no se le conoce ningún trabajo en Sevilla posterior a 1742.

De todos los impresos estampados por Pedro Díaz, el más ambicioso y el de más volumen fue *El portugués exemplar* (380 páginas en cuarto, aunque solo

³ Escudero y Perosso, 1894, pp. 50, 517-526; Palau y Dulcet, 1948-1977, t. v, p. 514; Montoto, 1948, p. 206; Aguilar Piñal, 1974, pp. 17, 88-106.

⁴ Poggio Capote y Regueira Benítez, 2018, p. 62.

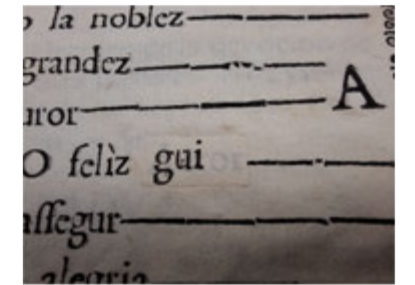
276 están numeradas), que compuso, como se ha dicho, en 1733. Esta fecha no aparece reseñada explícitamente en los lugares preceptivos (el pie de imprenta o el colofón), pero puede colegirse de los elementos que conforman los preliminares, y más concretamente de la fe de erratas y de la tasa, que fijan el mes de agosto de 1733 como fecha de finalización de los trabajos tipográficos.

El impresor quiso, tal vez, utilizar su primer encargo de envergadura para hacer algunas ostentaciones estéticas, la primera de las cuales la encontramos en la portada, con una orla tipográfica sencilla pero vistosa y un texto en el que parece querer mostrar ya todos los tamaños de letra que tenía en su chibalete.

Como es habitual en los libros de los siglos XVI, XVII y XVIII, *El portugués exemplar* se abre con los correspondientes preliminares, elementos que, unos obligatorios y otros consuetudinarios, preceden a la obra propiamente dicha. En este caso, los preliminares se extienden de manera extraordinaria, pues ocupan noventa páginas sin numerar inmediatamente después de la hoja de portada.

El primer elemento de los preliminares es otro de los alardes en los que pretende lucirse el impresor: se trata de una página con orla tipográfica que contiene un soneto acróstico dedicado a María Bárbara de Braganza, esposa del futuro Fernando VI. En el acróstico, las primeras letras de cada verso forman su nombre, «S. S. D. Maria Barbar[a]»⁵, siendo la última A la letra común con la que terminan todos los versos. Sin embargo, más allá de lo llamativo que pueda parecer el recurso, se observa que su composición no está especialmente cuidada, escondiendo incluso alguna errata, algo que no se justifica en una página en la que el impresor debería haber puesto una atención especial.

⁵ Las iniciales «S. S. D.» corresponden al tratamiento «Serenísima Señora Doña».



Soneto acróstico dedicado a María Bárbara de Braganza. A la derecha, detalle con la enmienda «gui[a]», adherida sobre la errata «Auror[a]».

La errata más sobresaliente de esta página está en el final del verso noveno, donde se imprimió por equivocación la palabra «Auror[a]», correspondiente al verso anterior, y luego fue sustituida por la palabra «gui[a]» mediante un pedazo de papel adherido. Se trata, además, de un indicio de las muchas imperfecciones que afectan al volumen, muy pocas de las cuales están recogidas en la fe de erratas.

A continuación se inicia una larguísima dedicatoria del autor «Al verdadero Mercurio de la sabiduría divina», es decir, a san Antonio de Padua, uno de los principales referentes de la orden franciscana (y en especial de los franciscanos portugueses), encabezada por un grabado xilográfico que representa al santo con sus principales atributos iconográficos: un lirio, un

libro y el niño Jesús en brazos. Sin llegar a ser una obra gráfica destacable, el grabado tiene una factura correcta⁶.



San Antonio de Padua. Grabado xilográfico.

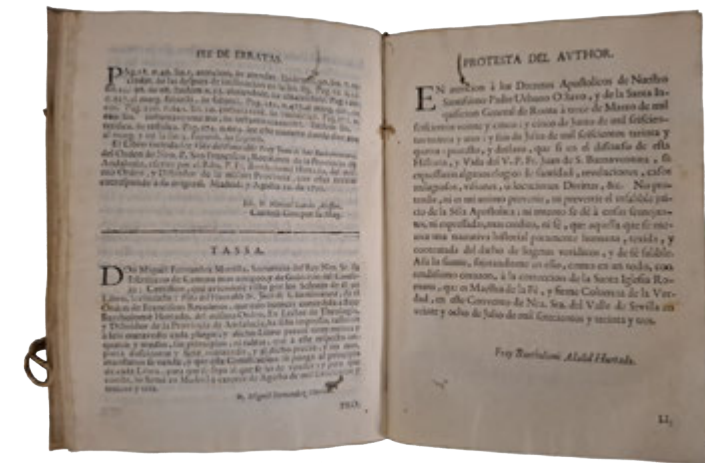
A esta dedicatoria piadosa le sigue toda una serie de aprobaciones y licencias emitidas entre junio de 1732 y marzo de 1733 por diversas autoridades eclesiásticas, a modo de censura previa. Algunas son meros dictámenes protocolarios, pero otras constituyen pequeñas reseñas sobre el valor de la obra. En cualquier caso, todas fueron redactadas teniendo a la vista copias manuscritas del libro, lo cual indica que el grueso del trabajo estaba ya terminado a mediados de 1732.

A continuación siguen unos versos en latín escritos por Manuel José de Axpe en alabanza de Bartolomé Adalid, única concesión a la costumbre, entonces

⁶ Años después, el impresor utilizaría al menos otro grabado con una factura similar, representación de santa Rita de Casia, que pudo pertenecer a una misma serie de matrices iconográficas. Véase: SAN ANTONIO, José de. *Vida de la bienaventurada Rita de Cassia...* En Sta. Cruz de Thenerife: en la Imprenta Real de Guerra, [1753].

vigente, de llenar los preliminares de composiciones poéticas. Después siguen la dedicatoria «Al lector» y la imprescindible licencia real, con fecha de 22 de abril de 1733, sin la que ningún impreso podía considerarse legal.

Los dos siguientes elementos son la fe de erratas y la tasa, que en este caso resultan, como se adelantó, imprescindibles para fechar el trabajo impresor de Pedro Díaz y Romero a lo largo del mes de agosto de 1733. La fe de erratas es el resultado de la última revisión de las pruebas de imprenta a cargo de un corrector autorizado, y sirve para constatar errores que ya es tarde para subsanar en el tórculo. Por su parte, la tasa es el cálculo oficial del precio al que se debe vender un libro, y se hace a partir del recuento del número de pliegos de papel que son necesarios para imprimir la obra completa, por lo que también implica la existencia de pruebas de impresión. En el caso de *El portugués exemplar*, el escribano real Miguel Fernández Munilla, con fecha del 14 de agosto, estableció que el libro, por constar de treinta y cuatro pliegos y medio, no podía venderse a más de 207 maravedíes.



Dos elementos más integran los preliminares del libro. Es primero es una página titulada «Protesta del author», donde fray Bartolomé trata de cubrirse

las espaldas ante las autoridades eclesiásticas porque se dispone a relatar la vida de una persona incluyendo «*algunos elogios de santidad, revelaciones, casos milagrosos, visiones, ò locuciones Divinas, etc.*». Ante el temor de que la Inquisición (pese a las muchas aprobaciones con que contaba el libro) pudiera llegar a considerar que se atribuían prodigios de origen divino al biografiado, el autor se apresura a declarar que todo lo que cuenta está tomado «*de Sugetos veridicos, y de fê falible*», y que en su ánimo no está la intención de suplir la autoridad del papa, que es el único con potestad para declarar la santidad.

Finalmente, los preliminares se cierran con un nuevo grabado, en este caso calcográfico, que se coloca enfrentado a la primera página del texto principal.

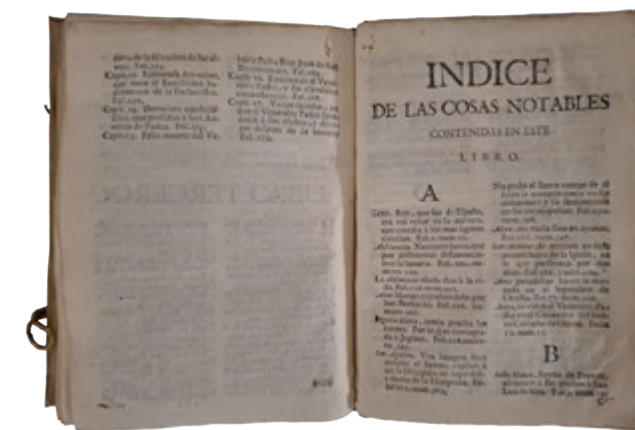


Fray Juan de San Buenaventura. Grabado calcográfico.

El grabado representa a fray Juan de San Buenaventura portando una cruz de madera y vestido con su hábito franciscano y sandalias (pese a que, según

Adalid, siempre anduvo descalzo). Parece estar predicando para unos campesinos que se arrodillan ante él cruzando los brazos sobre el pecho (otro símbolo de la orden), y al fondo se alzan un convento y un árbol. Toda la escena está enmarcada en una cenefa oval de la que cuelgan dos cornucopias, y al pie se lee «*Efigie del V.º F. Ju. de S.ª Buena Ven Tura*». Casi parece un ejercicio de un aprendiz de grabador, y de hecho Francisco Escudero y Perosso, uno de los mayores especialistas en la imprenta sevillana, cuando habla de este libro se limita a decir que este retrato está «*mal grabado*»⁷. Es muy probable que, a diferencia del grabado de san Antonio de Padua, este de fray Juan fuera hecho expresamente para ilustrar este libro.

Tras la calcografía sigue el texto hagiográfico sobre Juan de San Buenaventura, que consta de 276 páginas numeradas y que está dividido en tres «libros»: uno dedicado a su infancia y juventud, hasta que cantó la primera misa; otro sobre los años en que estuvo predicando por Andalucía y otros lugares; y un tercero que enumera las virtudes del personaje y relata anécdotas vitales de carácter piadoso o milagroso.



Finalmente, de nuevo sin paginar, se incluyen los dos índices de que consta el libro: uno de capítulos (que remite frecuentemente a páginas incorrectas); y

⁷ Escudero y Perosso, 1894, p. 518.

otro temático, de apenas seis páginas, que resulta prácticamente inútil porque incluye muy pocos términos.

La primera imprenta canaria

Analizado desde un punto de vista bibliográfico, *El portugués exemplar* podría considerarse un libro medianamente correcto de haber sido impreso en otro lugar, pero hay que tener en cuenta que esto era lo mejor que podía esperarse del trabajo de Pedro Díaz y Romero, y un libro medianamente correcto no era suficiente para afrontar la competencia editorial que había en Sevilla. Además, el resto de la producción de don Pedro no alcanzaba la calidad de este libro.

Su imprenta, que pasó al menos por dos domicilios diferentes de Sevilla⁸, dejó de producir en 1742, pero no parece que Díaz abandonara entonces la ciudad. Sin embargo, finalmente sí se plantearía la posibilidad de buscar un mercado sin competencia, y por eso en 1750 acabó recalando en Canarias, donde obtuvo el patrocinio y la protección de Juan de Urbina. Al ser este militar al mismo tiempo presidente de la Real Audiencia (con sede en Gran Canaria) y capitán general del archipiélago (cargo radicado en Tenerife), el taller podría haberse establecido en cualquiera de las dos islas, pero fue finalmente en Santa Cruz de Tenerife donde se instaló y donde comenzó a producir los primeros impresos isleños antes de que finalizara el año⁹.

La protección del capitán general permitió que Díaz llamara a su taller Imprenta de Guerra y Marina, y poco más tarde Imprenta Mayor o Imprenta Real de Guerra y Marina. Al parecer, el tipógrafo aseguraba que tenía permiso del rey para usar este título de impresor real gracias a la intermediación de la

⁸ Aguilar Piñal, 1974, p. 17.

⁹ Poggio Capote, 2008.

reina María Bárbara (a la que se había dedicado años antes el soneto acróstico de *El portugués exemplar*), pero parece que no es verdad, y la única autorización con la que contaba era la de Juan de Urbina¹⁰.

De la vida de Pedro José Pablo Díaz y Romero en Tenerife poco se sabe. Los datos disponibles fueron averiguados y reunidos, en su mayoría, por Padrón Acosta y Vizcaya Cárpenfer, quienes los publicaron en varios artículos en el periódico tinerfeño *La tarde* en 1949. Posteriormente, el propio Vizcaya haría el mejor resumen disponible hasta el momento en su fundamental *Tipografía canaria*¹¹. Como se dijo, el impresor estuvo casado en Sevilla con Rosa María Díaz, de la que no hay constancia de que llegara a venir a Tenerife pese a que su muerte no acaeció hasta 1761. Años más tarde, en 1773 y ya septuagenario, el impresor contrajo un segundo matrimonio con la tinerfeña Gertrudis Fernández Peñarroja (ca. 1736-1799).

El sevillano tenía, según cuentan sus contemporáneos, un carácter hosco y antipático, lo que hizo que en su taller no se llegara a formar nunca ningún aprendiz. Era, además, egoísta y ambicioso, por lo que trataba de vender sus trabajos de imprenta a unos precios desorbitados, muy por encima del precio al que se vendían otras publicaciones peninsulares mejor impresas. Pese a que este plan de precios iba en contra de sus propios intereses porque hacía decaer las ventas y escasear los encargos, parece que nunca se avino a bajar sus tarifas, de forma que vivió en una crisis permanente que trató de aplacar, como en el pasado, con un negocio de librería y, más tarde, con la venta de otros productos que hacía traer de Sevilla.

También como en el pasado, las producciones de imprenta de don Pedro en Tenerife eran toscas y poco cuidadas, con el inconveniente añadido de que

¹⁰ Vizcaya Cárpenfer, 1964, p. XX. En virtud de este uso probablemente indebido del título de impresor real, cabría plantearse la pertinencia del título de «impresor de la Real Capilla» que había utilizado en ocasiones en su etapa sevillana.

¹¹ Vizcaya Cárpenfer, 1964, pp. XIX-XXVIII.

seguía usando los mismos juegos de letras, ya gastados. Insistía también en adornar las portadas y algunas otras páginas con orlas que componía mediante la repetición de tipos ornamentales, como en *El portugués exemplar*, y no fue infrecuente que usara otros adornos tipográficos (letras capitulares, florones y viñetas) que había traído de Sevilla. Todos estos elementos nos sirven, por un lado, para constatar la firmeza de los criterios estéticos del impresor, y por otro, para establecer un vínculo claro entre la imprenta original sevillana y la pionera de Canarias, que pueden ser consideradas como un mismo taller que experimentó un simple cambio de ubicación, por más que este cambio supusiera todo un hito para la historia de la tipografía isleña.

En fechas cercanas a su segundo matrimonio, la imprenta dejó de funcionar; parece que el anciano impresor sufrió un severo declive físico que le impidió seguir trabajando, y en esta última etapa de su vida solía ir vestido con hábito franciscano. En sus últimos años estuvo al cuidado de las hermanas María Josefa y Josefa María Biñoli, que se ocuparon de sus necesidades sin recibir por ello remuneración alguna hasta que murió en 1780. Aunque su contemporáneo José Bethencourt y Castro dejó escrito que Díaz legó los utensilios de su imprenta a la orden de San Francisco, lo cierto es que fueron las hermanas Biñoli quienes se quedaron con ellos en pago por los servicios prestados y no retribuidos. Por eso fueron ellas quienes, un año más tarde, vendieron la maquinaria a la Real Sociedad Económica establecida en La Laguna, dando inicio así a una nueva etapa en la historia de la imprenta canaria.



Elementos ornamentales de *El portugués exemplar* (izquierda) y de diversas impresiones canarias de Pedro Díaz (derecha).

Bibliografía

ADALID HURTADO, Bartolomé José. *El portugués exemplar: vida del venerable padre fray Juan de San Buenaventura (...)*. En Sevilla: por Pedro Joseph Diaz, (1733).

AGUILAR PIÑAL, Francisco. *Impresos sevillanos del siglo XVIII: adiciones a la Tipografía hispalense*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1974.

CENTENO CARNERO, Gloria. «Fray Juan de San Buenaventura y su labor en Andalucía, Tierra Santa y África». En: Peláez del Rosal, Manuel (ed. lit.). *El franciscanismo en Andalucía: exclaustración y desamortización de los conventos franciscanos andaluces*. Córdoba: Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos, 2008, pp. 347-360.

ESCUADERO Y PEROSSO, Francisco. *Tipografía hispalense: anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1894.

MONTOTO, Santiago. *Impresos sevillanos*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1948.

PADRÓN ACOSTA, Sebastián. «El primer tipógrafo de Canarias». *La tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 16 de febrero de 1949, p. 3.

PALAU Y DULCET, Antonio. *Manual del librero hispanoamericano*. 2.ª ed. corr. y aum. Barcelona: Librería Palau, 1948-1977.

POGGIO CAPOTE, Manuel. «Nuevos datos sobre el establecimiento de la primera imprenta canaria». *Cartas diferentes: revista canaria de patrimonio documental*, n.º 4 (La Palma, 2008), pp. 269-276.

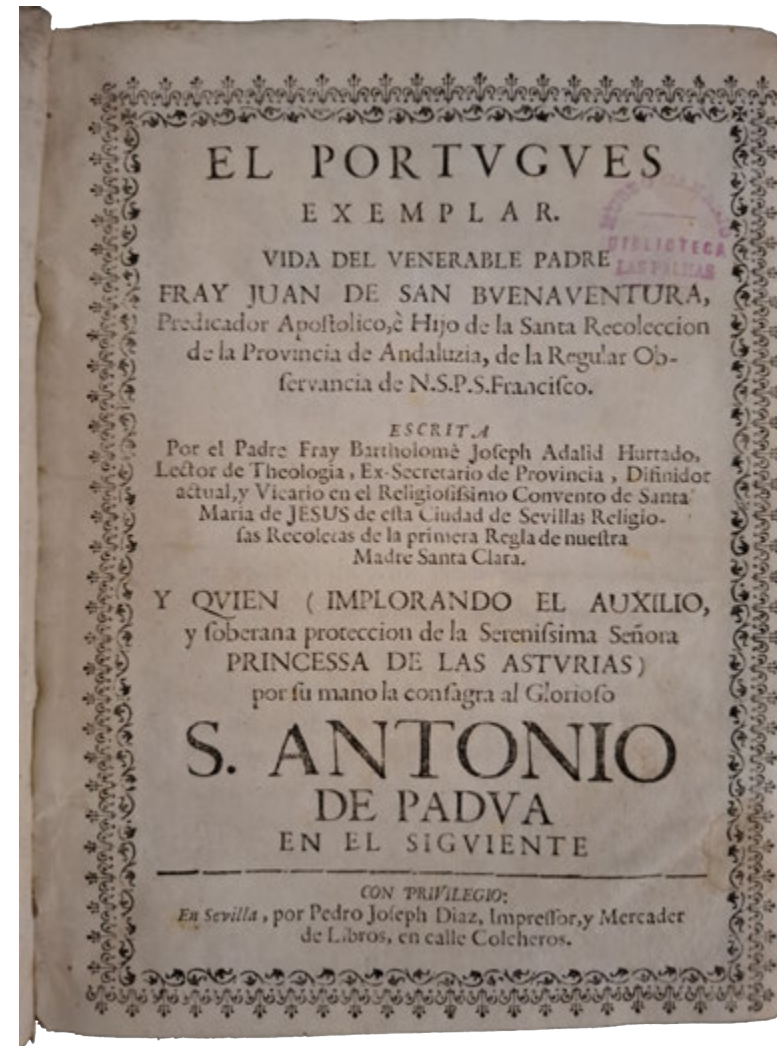
POGGIO CAPOTE, Manuel; REGUEIRA BENÍTEZ, Luis. «La imprenta en las islas Canarias (I): Tenerife». *Estudios canarios: anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n.º 62 (La Laguna, 2018), pp. 57-106.

VIZCAYA CÁRPENTER, Antonio. «La imprenta de la calle Sol». *La tarde* (Santa Cruz de Tenerife, 23 de junio de 1949), p. 3; y (25 de junio de 1949), p. 3.

VIZCAYA CÁRPENTER, Antonio. *Tipografía canaria: descripción bibliográfica de las obras editadas en las islas Canarias desde la introducción de la imprenta hasta el año 1900*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1964.

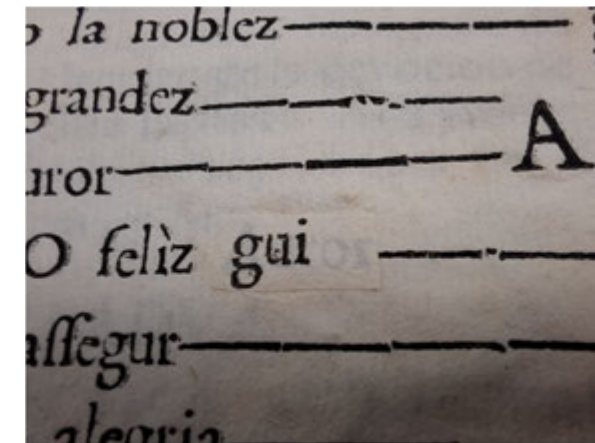
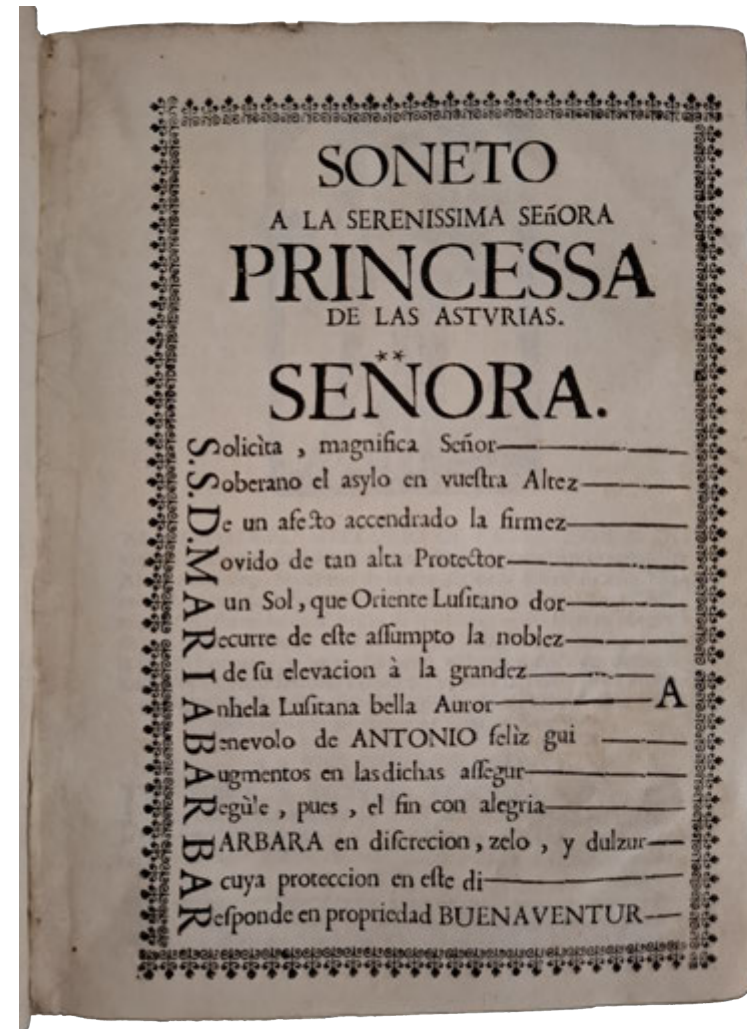
Autor de la ficha:
Luis Regueira Benítez
(bibliotecario de El Museo Canario)

Galería de imágenes



El portugues exemplar.
Portada de la edición sevillana por Pedro José Díaz.

Galería de imágenes



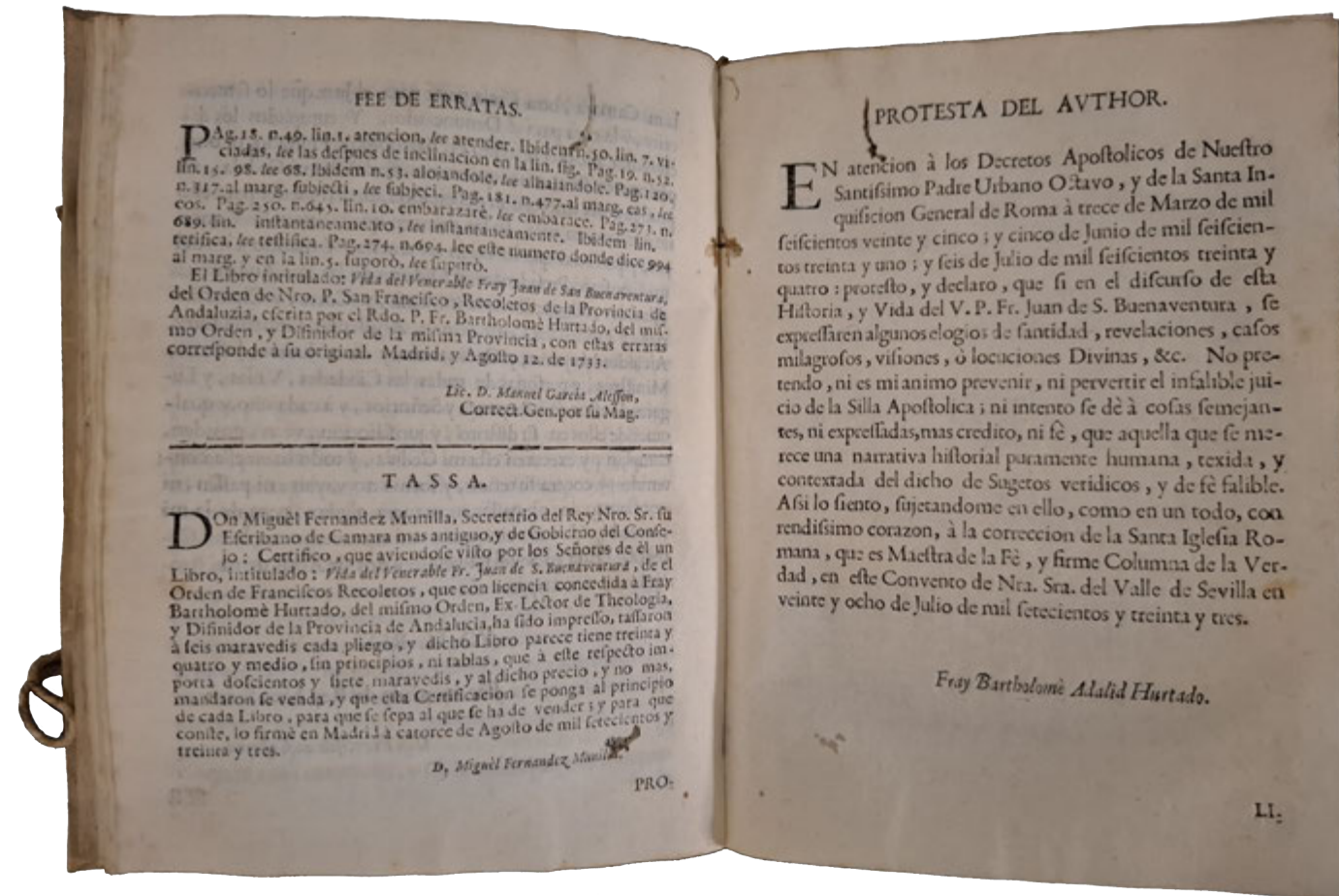
Soneto acróstico dedicado a María Bárbara de Braganza. A la derecha, detalle con la enmienda «gui[a]», adherida sobre la errata «Auror[a]».

Galería de imágenes



San Antonio de Padua. Grabado xilográfico.

Galería de imágenes



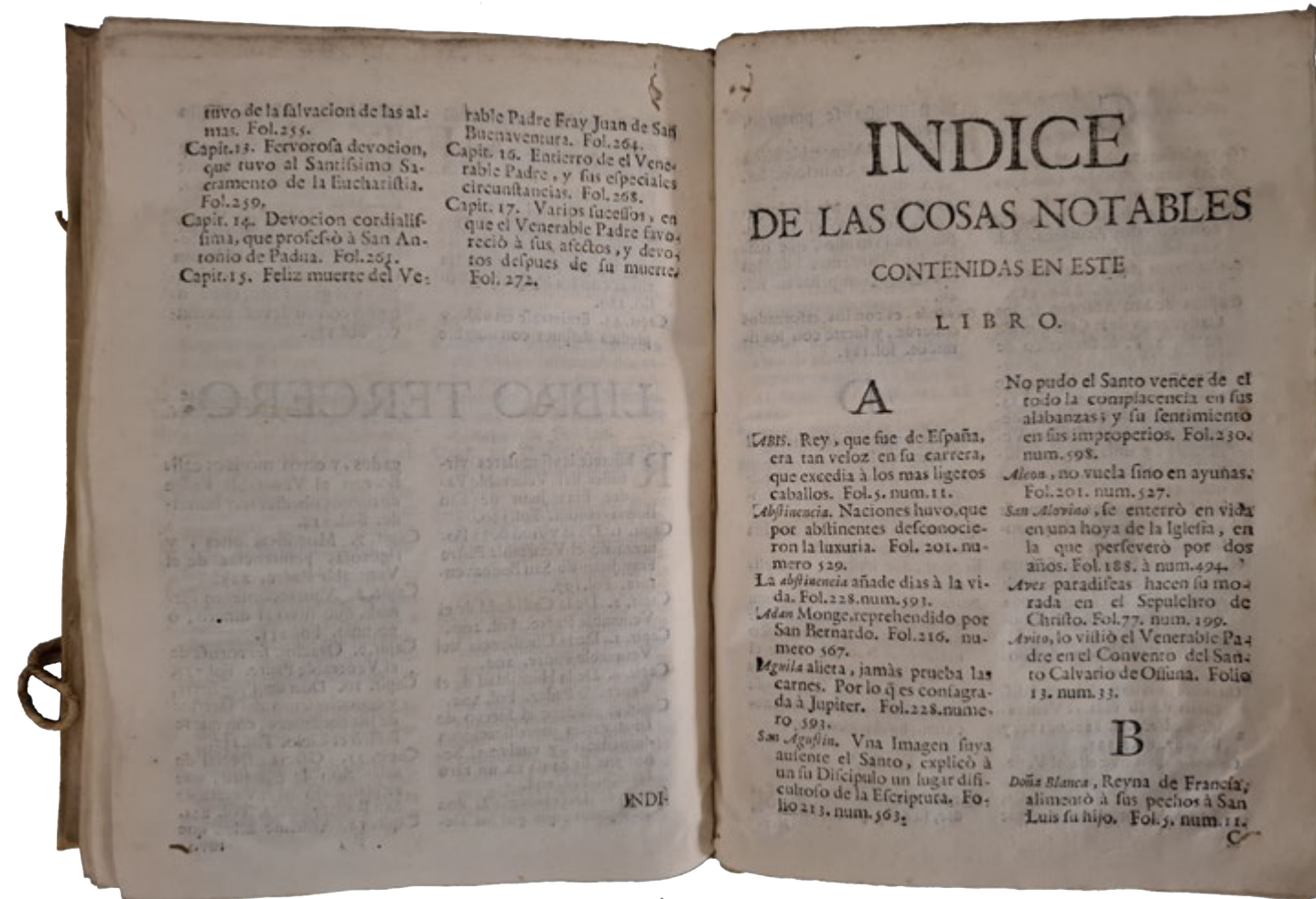
Fe de erratas, tasas y protesta del autor.

Galería de imágenes



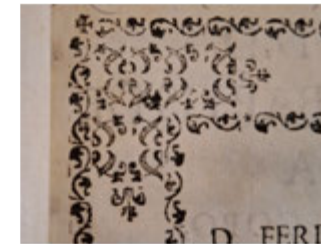
Fray Juan de San Buenaventura. Grabado calcográfico.

Galería de imágenes



Páginas de índices.

Galería de imágenes



Elementos ornamentales de *El portugués exemplar* (izquierda) y de diversas impresiones canarias de Pedro Díaz (derecha).